

La revolución mexicana en la mirada de Anita Brenner

Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez
Universidad de Guadalajara
adrian.geros@gmail.com ◆

Apenas se está empezado a escribir la historia de cómo se construyó una imagen de México donde el indígena, como agente histórico con atributos especiales, es protagonista indiscutible. Junto con esto, también se ha ido definiendo el perfil del responsable de dicha historia: el indigenista. Esta cuestión contiene implicaciones políticas

y sociales innegables, y es crucial para desentrañar los sentidos comunes en los que hoy en día se sostienen numerosas políticas públicas del gobierno mexicano, de ONG y de intelectuales independientes. En este sentido, el libro de Yolanda Padilla toca matices interesantes. La figura de Anita Brenner, objeto del libro, es sin duda multifacética, y su labor como periodista e intelectual que propagó en Estado Unidos una imagen indigenista de México tuvo consecuencias duraderas. Pero el indigenismo de Anita –afirma Padilla– fue original, porque fue consciente; pocos como ella para convertir su indigenismo en objeto de reflexión personal, para cuestionarlo. Es una actitud que se antoja apremiante para algunos miembros de la *intelligentsia* mexicana de hoy.

El estudio de Yolanda Padilla se inserta en un *corpus* de trabajos que se han concentrado en analizar y explicar la participación de los intelectuales –incluyendo a los artistas– en la construcción de una imagen de México y de lo mexicano. Entre éstos se encuentran los trabajos de Roger Bartra, Mauricio Tenorio Trillo, Ricardo Pérez Montfort y, más recientemente, Alicia Azuela de la Cueva; la mayoría de ellos parten de una pers-

Yolanda Padilla Rangel, *México y la Revolución mexicana bajo la mirada de Anita Brenner*, Introducción a cargo de Elena Poniatowska y Mauricio Tenorio, México, Universidad Autónoma de Aguascalientes–Instituto Cultural de Aguascalientes–Plaza y Valdés Editores, 2010, 205 pp.

pectiva transnacional, pues encuentran que la imagen que se construyó de México tiene una contraparte extranjera. Sí, lo que hoy comúnmente sabemos, entendemos y hablamos de México, muchas veces nació del ojo extraño y ajeno; de la mirada del radical forastero –comunista, socialista, populista o simplemente artista– que vino a buscar en México algún tipo de paliativo contra los embates de la modernidad en su país, ya fuera Estados Unidos, Inglaterra, o Francia. Por tanto, en muchas ocasiones la imagen que estos personajes elaboraron de México y del mexicano dice más de ellos mismos –de sus ideas, sus convicciones, sus contradicciones, sus anhelos– que del país que trataron de explicar.

Yolanda Padilla propone analizar la imagen de México proyectada en dos libros de la antropóloga y periodista de origen judío, nacida en la ciudad de Aguascalientes, Anita Brenner (1905-1974): *Ídolos tras los altares* (1928) y *El viento que barrió México* (1943). En esencia, la autora trata de reconstruir dicha imagen con una biografía intelectual de Anita Brenner; esto es, a través de la indagación de lo que Isaiah Berlin llamaba la “vida interior”: las emociones, los pensamientos, las creencias. En Anita esos elementos fueron producto inevitable de la contingencia, pero también de la independencia de su visión sobre los acontecimientos que quiso asimilar, explicar y difundir en los dos libros mencionados: la revolución social de México y el renacimiento artístico que le siguió. Con estos dos libros, Anita colaboró en la construcción de una imagen de México que en gran medida pervive hasta hoy.

La pregunta rectora que propone Yolanda Padilla para analizar los textos de Brenner se refiere a la intención con que fueron escritos, la cual explica su naturaleza: en sus textos, ¿pasó Brenner de un análisis de la cultura mexicana a un trabajo periodístico de promoción turística, o fue al revés? Padilla se inclina a favor del argumento de que el trabajo de Brenner fue producto tanto de su insaciable curiosidad periodística por llegar y explicar la esencia de la cultura mexicana, como de un interés innegable por interpretarla y darle una sistematicidad, esto es, formar una imagen armónica, en lo cual fue decisiva su formación antropológica.

Para lograr su objetivo, Yolanda Padilla se basa en una pequeña pero sustancial bibliografía, en inglés y español, sobre el contexto histórico que Anita Brenner vivió: por un lado, la situación política en la ciudad de Aguascalientes durante las postrimerías del porfiriato y los primeros años de la Revolución, y por otro, el ámbito artístico, político y académico de la ciudad de México y de Nueva York de los años que van de 1920 a 1940, donde Anita encontró terreno fértil para realizar su obra. Igualmente, los archivos son una fuente primordial para la autora, quien los consultó en México y Estados Unidos. Entre los últimos cabe destacar el archivo per-

sonal de Anita Brenner, específicamente sus diarios, que recién fueron publicados por la Universidad de Texas en una edición inmejorable.

El libro de Padilla contiene dos prólogos: uno escrito desde la nostalgia y el lirismo por la periodista y novelista Elena Poniatowska; el otro, a guisa de ensayo, síntesis de una dúctil erudición sobre el contexto histórico de Anita, redactado por Mauricio Tenorio, profesor de la Universidad de Chicago. El libro de Yolanda Padilla se divide en cuatro capítulos, los dos primeros describen las peripecias de la vida de Anita, los otros dos emprenden el análisis de su obra.

En los dos primeros capítulos, que van de los años de 1905 a 1930, la autora llega a varias conclusiones para entender la personalidad de Anita. Por una parte, el constante peregrinar durante su infancia y adolescencia le legó una identidad múltiple: aguascalentense, mexicana, estadounidense, judía, pero ante todo mujer. Esa identidad múltiple le sirvió para entablar amistad con numerosos personajes tanto de México como de Estados Unidos: los pintores Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Jean Charlot, Francisco Goitia; la fotógrafa Tina Modotti, el músico Carlos Chávez, el director de cine Sergei Eisenstein y los radicales estadounidenses Waldo Frank, Frank Tannembaum y Ernest Gruening. Por otro lado, también se relacionó con figuras académicas cardinales como los antropólogos Manuel Gamio y Franz Boas. En este mundo de artistas y pensadores, Anita se impregnó de las corrientes ideológicas de moda, como el indigenismo y el comunismo; además consolidó una sólida formación periodística, la cual, aunada a sus estudios de doctorado en antropología en la Universidad de Columbia, fue decisiva para la originalidad de los libros que Yolanda Padilla analiza.

Por otra parte, durante su estancia en Nueva York en el doctorado, Anita se convirtió en una especie de traductora del arte y la cultura mexicanos para al público estadounidense. Anita promovió en la ciudad de Nueva York, aunque no con éxito inmediato, la obra del pintor jalisciense José Clemente Orozco, con quien mantendría una relación inestable. Por otro lado, a la relación de Orozco se suman los *affairs* que Anita tuvo con el músico Carlos Chávez y con el pintor y muralista francés Jean Charlot.¹

En el tercer y cuarto apartados de su libro Yolanda Padilla propone analizar la obra de Anita Brenner, específicamente la visión de México

¹ La relación de Brenner con Charlot fue profundamente sentimental. Dicha relación se terminó porque para ambos la religión era algo bastante delicado. Charlot era católico, Anita judía. Aquél quería que Anita se convirtiera al catolicismo; ella temía vivir para siempre con un católico bastante ortodoxo como era Charlot. Al final Anita conoció en Nueva York a un joven médico judío, David Glusker, con quien se casó en 1930.

que se proyecta en ella: su historia, su arte, su cultura, tomando a la Revolución mexicana como parteaguas de su interpretación. El resultado es exitoso. Para realizar dicho análisis, en el tercer apartado Padilla explica detalladamente la influencia fundamental que tuvieron tres figuras intelectuales sobre el trabajo y la personalidad de Anita Brenner: el académico Ernest Gruening, el antropólogo Manuel Gamio y el pintor Charlot. La autora argumenta que de estos tres personajes Anita heredó, con diferentes tesituras, un indigenismo que le sirvió para interpretar la cultura de México. Esto se vio reflejado de varias maneras en su obra. Por ejemplo, revaloró el arte indígena y al indígena como sujeto histórico, proponiéndolo como fundamento de la verdadera identidad de la nación mexicana emanada de la Revolución. Por otro lado, Brenner sostuvo que el catolicismo del pueblo mexicano –que ella creía básicamente indígena– era falso, pues tras él existían todavía creencias religiosas prehispánicas. De esto se deriva también la visión negativa de la época colonial, a la cual consideró el origen del mayor de los males del sistema político mexicano: la corrupción. A pesar de esto, Anita no asumió una actitud anticlerical, como sí lo hicieron muchos otros intelectuales izquierdistas.

En el último apartado, Padilla analiza la imagen de México proyectada en *Ídolos tras los altares* y *El viento que barrió México*. La tesis central del primero era que detrás la religión católica estaba oculta la religión indígena, prehispánica, lo que comprobaba la antigüedad de la nación mexicana. El material analizado por Anita para sustentar su hipótesis era básicamente el arte plástico –arquitectura, pintura, escultura–, ya que consideraba que era el mejor elemento para penetrar en la realidad de México.

Padilla propone que *Ídolos tras los altares* tiene un símil, en forma y contenido, con los murales que por entonces –la década de 1920– pintaban sus amigos Rivera, Orozco y Charlot. Anita no solamente compartió con ellos una visión del desarrollo histórico de México, donde el indígena tiene un lugar preponderante y esencial para su identidad; el lenguaje utilizado por la autora –argumenta Padilla– es en gran medida visual, como si fuera un gran lienzo, aunque escrito: había aprendido a ver la realidad de México desde una perspectiva plástica. Después de todo, su negocio era tratar con artistas plásticos, promoverlos, interpretarlos, traducirlos; en otras palabras, hacerlos accesibles al público estadounidense, y también al mexicano. Por eso no es casual que en su obra utilizara un lenguaje visual para expresarse.

Por otra parte, Yolanda Padilla describe el giro que sufrió Anita en su visión de México durante la década de 1930. Después de *Ídolos tras los altares*, Brenner publicó *Your Mexican Holiday* (1932), una guía para el público estadounidense donde México aparecía más como destino turís-

tico. Después de esto, en plena Segunda Guerra mundial, Anita publicó *El viento que barrió México*, una obra que dejaba de lado las cuestiones culturales y turísticas para concentrarse en las políticas, haciendo un balance de la Revolución mexicana. De este libro Yolanda Padilla también hace un análisis sugerente, según el cual Anita asume en ocasiones una posición contradictoria. Por una parte, adopta una de sus múltiples identidades, la estadounidense, para reforzar su argumento de la importancia geopolítica que tenía México para Estados Unidos. Por otro lado, frente al reparto agrario –uno de los pilares ideológicos de la Revolución– muestra ambigüedades, pues a pesar de que dicho proceso favorecía al indígena y al campesino, afectaba los intereses de su padre, Isidoro Brenner, que era hacendado. Sin embargo, la imagen de la Revolución que Anita mostró en su libro era sumamente positiva, aunque no por eso menos crítica. En este sentido –sostiene Yolanda Padilla–, se puede argumentar que Anita era una izquierdista independiente, lejos de dogmatismos y doctrinas partidistas. A fin de cuentas, la visión que Anita se construyó de la Revolución mexicana iba relacionada con su propia experiencia. En una época de entusiasmo y esperanza durante la década de 1920, Anita y otros artistas e intelectuales renovaron la imagen de México al mismo tiempo que se formaban una mitología para sí mismos.

En conclusión, el libro de Yolanda Padilla, al arrojar luz sobre la vida de Anita Brenner, narra la historia de la construcción de una imagen del México revolucionario como una nación esencialmente indígena, artística, pero no por ello menos violenta y antidemocrática. Yolanda Padilla narra una parte poco conocida de esa historia: aquella donde las historias de dos países, México y Estados Unidos, se entrecruzaron para formar un laboratorio de nacionalismos, vanguardias artísticas y radicalismos. Anita participó activamente en ese laboratorio como un personaje que sabía manejar con pericia muchos de los instrumentos, teorías e hipótesis. No por ello Brenner se sustrajo de su tiempo; fue simpatizante del comunismo, el socialismo, el populismo, el indigenismo, pero una simpatizante con actitud crítica e independiente.